

# EL ACONTECER MUSICAL DE LA CIUDAD

por Agustín Quevedo

Si se trata de buscar una identificación popular de la música culta en los años que van desde la terminación de la guerra civil española hasta la actualidad cultural en Las Palmas –esta ciudad nuestra que cumple ahora quinientos años de vida– habrá que decir que no ha existido, si se deja al margen –como así hay que hacerlo– los mediocres conciertos de las noches de los jueves que ofrecía en el Parque de San Telmo la Banda Municipal de Música. No había, pues, ninguna intención, ni acaso posibilidad de que la música, como dinámica comunicativa, llegara a la inmensa mayoría. Se habían destruido todas las bases anteriores de esta popularidad, que estaba, entre otras manifestaciones, en la acción de las magníficas "estudiantinas" –orquestas de pulso y púa– que existían en nuestra sosegada ciudad de antes de la guerra.

La cosa –aunque su dimensión popular, acláresmoslo– se vino a remediar en parte gracias a la iniciativa personal de algunos canarios con auténtica vocación musical, como fue el caso de don Miguel Benítez Inglot, a quien se le debe la reorganización de la Orquesta de la Sociedad Filarmonica, y no poco de la proyección musical de ésta en los inicios de su segunda época. Miguel Benítez, a quien molestaba el calificativo de musicólogo –que en parte lo era por su afán investigador–, fue un gran entusiasta de la música sinfónica. De ahí su inestimable labor en pro de la estructuración de una nueva orquesta para la Filarmonica, que al fin vio lograda en poco tiempo, posibilitando un aumento masivo de socios para la prestigiosa Sociedad. Pero la idea de Miguel Benítez era más ambiciosa: él pretendía, según comentaba en algunas reuniones de intelectuales, que la Orquesta tuviera rango profesional, que se insti-

tuyera como algo vital –era el término que empleaba– para el desarrollo cultural del Archipiélago, que no sólo en Las Palmas. Para tal logro se hacía indispensable, además de las ayudas locales –socios, Ayuntamiento y Cabildo–, una sustancial ayuda estatal, que nunca llegó. Sin embargo, y dentro de sus posibilidades –el entusiasmo sustituía a la carencia económica–, la Orquesta de la Sociedad Filarmonica adquirió niveles muy importantes dentro del contexto cultural de nuestra provincia; periodos llenos de brillantez y de protagonismo, en los que fueron sus maestros titulares Obradors, Pich Santasusana, Alvarez Cantos –éste en un lapso cortísimo– y la última etapa recorrida por Gabriel Rodó, García Asensio y Marcal Gols. Periodos que exigirían ser matizados en sus significantes y significados según la personalidad y la categoría de estos directores, de los que surgieron muchas innovaciones de la vida cultural de Las Palmas y no pocas aficiones musicales, que posibilitaron la creación de unos coros paralelos a las exigencias de programaciones; coros que, por una causa u otra, se desarticulaban en el tiempo. En este aspecto yo me atrevería a afirmar que faltaban los planteamientos, los soportes fundamentales: la falta de preparación musical de sus componentes y las premisas para que estas cosas adquirieran una vida propia, independiente de la actividad orquestal, que era la que reclamaba el interés principal de los directores.

En suma, que la música respondía a una retórica de élite, insertada o articulada en las exigencias pequeñoburguesas en la sociedad canaria. Y tenía que ser así, ya que el contexto político, desgajado de cualquier planteamiento democrático, cerraba toda iniciativa desde el Estado a la

manifestación musical en cualquiera de sus facetas, pero sobre todo a la didáctica. En un terreno así, asimétrico a la participación colectiva tanto en la enseñanza como en las audiciones, hay que destacar el esfuerzo transmisor de inquietudes de gentes que como el propio Miguel Benítez, Lola de la Torre, los maestros Obradors y Rodó, etc., vino a suponer para los sedientos parámetros musicales de nuestra ciudad. Y sería muy útil para nuestra historia local ocuparse y hay gente que puede hacerlo– de lo que vinieron a significar las clases de canto en las academias de Isabel Macario y Lola de la Torre, en las que, paralelamente a los ejercicios de vocalización, sobresalían las reuniones literarias en torno a la poeta Saulo Torón y el ensayista Juan Manuel Trujillo.

Los resultados de todo aquello es que, con el tiempo –con el tiempo, la voluntad de unos pocos, el esfuerzo de algunos y muchas desilusiones respecto a las ideas no logradas–, el panorama musical ha cambiado en sus perspectivas. Se ha podido instaurar ciclos de iniciación musical para estudiantes; se ha creado un Conservatorio profesional de Música; existe una Orquesta Sinfónica... Pero todo está como pendiente de un hilo –los difíciles equilibrios de la provisionalidad–, a expensas de lo que se pueda decidir, mejor, de los que quieran decidir.

En el terreno de la música, el mejor regalo que se le podría hacer a Las Palmas es el de la generosa ayuda económica de los organismos que se ocupan de la cultura –que es lo más rentable para un pueblo–. Así, la Filarmonica enfilaría risueña su segundo centenario y las demás instituciones encontrarían el arraigo seguro a su desenvolvimiento.